

to á millares de Eliseos, y su espíritu revivirá en un pueblo entero digno de su padre. Y el bien que habrá hecho se afirmará; y el que habrá concebido se realizará, se multiplicará durante el curso de los siglos y se propagará á las extremidades del mundo. La jóven musulmana de Constantinopla, de Esmirna, de Siria le deberá su emancipacion, mientras que su hermano le deberá la fe, y sus padres la cura de sus enfermedades. Entonces, como cuando en los días de su nacimiento luchaba contra el paganismo sensual y homicida, la Iglesia católica del siglo XVI tendrá la gloria de haber protegido con todo su poder la sociedad doméstica, ó de haber curado las llagas que no habrá podido prevenir. Si despues de esto, sordas á su voz las naciones y familias, insensibles á su amor, se hundan en el abismo de un materialismo brutal, ella podrá decirles con razon, de pié al borde del precipicio: *Israel, en tí, y solo en tí, está la causa de tu perdicion. ¿Qué debia hacer por tí que no haya hecho?*

CAPÍTULO IV.

Estado actual de la Familia en Inglaterra.

Hay en la vida de las naciones momentos decisivos que pasan para no volver. ¡Desventurados los pueblos que no saben aprovecharlos! Una larga agonía, acaso su ruina total, vendrá á castigarles, como la ingrata Jerusalem, por no haber querido reconocer la visita que se dignaba hacerlas aquel que da á los reyes la sabiduría, á los súbditos la docilidad, á todos la verdadera paz, hija del orden. El siglo XVI fue para la Europa una de esas épocas críticas: la sociedad humana podia, como la Iglesia, salir de ella llena de nuevo vigor. Pero no fue así. Mas ó menos dominadas por la fiebre protestante, fiebre de orgullo y de independencía, las naciones menospreciaron la voz de su madre. Creyeron poder bastarse á sí propias. Y hé aquí que todo fue confusion é incertidumbre en los consejos de los reyes; no se consultó, para salir de las dificultades que de continuo surgian, mas que las reglas de una política completamente humana. Se halagó ya el error, ya la verdad;

¹ Perditio tua Israël: tantummodo in me auxilium tuum. (*Osee*, XIII, 9).— Quid est quod ultra debui facere vineae meae, et non feci ei? (*Isai*, V, 4).

se cerró los ojos sobre la gravedad de los peligros que amenazaban el orden moral: los intereses materiales ocuparon el primer lugar. En vez de emplear con perseverancia y vigor los remedios preparados por la Iglesia para las enfermedades que trabajaban la sociedad doméstica y predisponian sin ruido la caída de la sociedad política, se les desdeñó. A los cincuenta años, Europa era ya desconocida. ¡Qué diferencia entre lo que es hoy y lo que era á mediados del siglo XVI! Entonces era cristiana en su fe, cristiana en sus hábitos, cristiana en su lenguaje; hoy no tiene carácter decidido. ¿Es cristiana aun? ¿No lo es ya? Es permitido preguntarlo, y el atento observador vacila en contestar.

Pero sea lo que fuere de la sociedad política, ello es lo cierto que la familia es muy diferente de ella misma. Cuando la considerais tal como se os presenta en Europa, la veis mas ó menos desfigurada por todas partes por el doble cáncer que la devoraba en el antiguo mundo, y que la devora aun en las naciones modernas esclavas de la idolatría, el sensualismo y el despotismo. Como consecuencia de ese doble mal, veis relajado el lazo doméstico, cuási aniquilado el espíritu de familia, dislocada la autoridad, ó sin firmeza, incierta la sumision, la insubordinacion en lugar de la obediencia, la indiferencia sustituyendo á la piedad filial, el egoismo á la abnegacion recíproca. De ahí los desórdenes morales, graves y numerosos, llevando á las disensiones intestinas, á la degradacion de la mujer, y con frecuencia á la muerte espiritual y corporal del hijo. De ahí, en fin, el malestar universal, que se manifiesta en todas las naciones de Europa: sordos rumores, preludios espantosos de próximas tempestades. A estos males, los sábios que desconocen la ciencia de Dios, en vano buscan remedio con tal ó cual otra combinacion. Ignoran que esos hechos exteriores no son sino síntomas de una enfermedad que escapa á su corta vista. No pueden ó no quieren ver que la sociedad doméstica es á la sociedad política lo que la raíz al árbol, lo que la base al edificio.

Tal es la fisonomía general de Europa. Bajo el brillante oropel de una civilizacion material se oculta un moribundo, muy pronto acaso un cadáver. ¿Cómo se ha alejado la vida? Porque se ha retirado el espíritu de Dios. ¿Por qué? Porque el hombre se ha hecho carne. ¿Por qué se ha hecho carne? Porque se ha separado de Dios que es espíritu. ¿Cuándo fue esta separacion? Cuando se dijo

á Europa: rompe el yugo de tu autoridad y serás cual Dios. ¿Quién ha dicho esto? ¿quién ha llevado al seno de la familia los desórdenes que se han producido en la sociedad? ¿quién ha roto el yugo de la fe? Pedimos á los hombres de conciencia que lean de nuevo la historia que acabamos de trazar, y que contesten.

Pero hora es ya de apreciar los efectos de la Reforma y de la filosofía su digna compañera, sobre la familia de las dos primeras naciones de Europa, Inglaterra y la Francia: por ellas se juzgará de las otras. En el cuadro que vamos á trazar, Albión ocupará un puesto secundario; Francia figurará en primer término.

Por espacio de muchos siglos, Inglaterra se mostró digna de la fe que habia recibido de la Iglesia romana. La piedad, la caridad, las virtudes públicas y privadas de sus habitantes le merecieron el glorioso sobrenombre de *isla de los Santos*. La sociedad doméstica participaba de ese estado de perfeccion y de ventura. Como todos los países católicos, ella presentaba un espectáculo digno de los Ángeles, por la santidad y dulzura de la union de sus miembros. ¡Cuán diferente hoy! La familia inglesa vegeta mas bien que vive; se la creeria un enfermo minado sordamente por un vicio orgánico. No os asombreis; graves golpes se han descargado sobre su divina constitucion. El Protestantismo ha negado el Sacramento que la ennoblecia santificándola. El matrimonio inglés no es mas que una ceremonia religiosamente ineficaz. Privados de los poderosos socorros que Jesucristo les habia otorgado, los esposos no pueden cumplir los difíciles deberes que el matrimonio impone á los Cristianos. Al frente de ellos figura la indisolubilidad del lazo conyugal. Antes de la elevacion del matrimonio á la dignidad de Sacramento, en parte alguna se vió severamente cumplido ni ordenado ese deber: la Sinagoga misma toleraba el divorcio. Suponed el matrimonio rebajado al nivel de un simple contrato natural, ó veréis desaparecer la indisolubilidad conyugal, ó no será mantenida mas que temporalmente y por una feliz inconsecuencia.

Tal es la juiciosa observacion de un piadoso y santo-Obispo. «El Cristianismo, dice, perfeccion de la naturaleza y de la ley, ha elevado mas alto aun ese contrato tan respetable ya, concediéndole la eminente dignidad de Sacramento. No es solo ya el sujeto de la gracia celeste, es el medio, el instrumento; la produce por sí misma por la virtud que le es inherente; se hace cosa santa y

«divina, al igual de nuestros mas augustos y mas temibles misterios. El Salvador indica bien el carácter de grandeza y santidad impreso en adelante al matrimonio, cuando, recordando y sancionando con su autoridad las palabras que consagran su primera institucion: *El hombre dejará padre y madre, y se unirá á su esposa, y serán dos en una carne*¹; luego añade: *que el hombre no separe lo que Dios ha unido*². ¿Lo oís, lo que Dios ha unido? Siempre Dios al frente del matrimonio, como primer principio; Dios, y no el hombre; Dios, y no el magistrado; Dios, y no el capricho y la pasion; ¡hé aqui la razon y la única garantia de la indisolubilidad del lazo! Lo que, por decirlo de paso, prueba la singular distraccion, por no decir enorme contradiccion, en que incurriria el legislador que mantuviese la indisolubilidad del matrimonio, al mismo tiempo que lo rebajase al nivel de una institucion civil, como si la ley supliese la gracia, como si una fórmula diese la virtud, como si el hombre solo pudiese imponer un yugo que no ha podido ser sobrellevado por nacion alguna, antes que fuese dulcificado por la uncion del Evangelio³.»

Hemos tenido ocasion de notar ya, que la lógica de los pueblos es inflexible. Así vemos el divorcio inscrito en los códigos de todas las naciones protestantes. Pero el divorcio, sancionado por la ley, es la espada de Damocles suspendida sobre la familia; es la consagracion del despotismo del fuerte y la opresion del débil. No temais atribuir, en parte al menos, á esta primera causa, el estado anormal de la familia inglesa, la frialdad glacial que reina entre los esposos y la etiqueta inflexible que arregla el comercio de la vida. Hay otra tambien que contribuye poderosamente á destruir esa santa igualdad, que en los pueblos fieles al Catolicismo forma el encanto del hogar doméstico: el culto de María y la exaltacion de la mujer.

Ese culto no existe en Inglaterra. La santa virginidad, que eleva la mujer al nivel del ángel, no orna ya su cabeza con una aureola celeste. Descendida de este sublime pedestal, la mujer in-

¹ Gen. II, 24.

² Matth. XIX, 5, 6.

³ Instruccion pastoral del Arzobispo de Cambrai sobre la importancia de la celebracion religiosa del matrimonio y su influencia en el órden doméstico y social. 1844.

glesa no excita la admiracion; mucho es ya si obtiene las consideraciones debidas á su sexo.

El Protestantismo ha hecho otro mal. Ha destruido el espíritu de familia, como rompió la unidad política y religiosa. Hace al hombre independiente, y la independencia lleva al aislamiento. Mientras que el Catolicismo atrae al hombre del hogar doméstico á la iglesia, el Protestantismo lo concentra en el hogar doméstico. El protestante es para sí su sacerdote; su Biblia es su oráculo, su casa su templo: ningun motivo religioso lo lleva hácia sus semejantes. En vista de esto, se creeria que el Protestantismo es favorable á la conservacion y desarrollo de los lazos de familia: nada mas falso con todo. Distinguid el espíritu de familia de esas relaciones obligadas que resultan de la comunidad de intereses. Como el espíritu religioso el espíritu de familia nace de la comunidad de creencias y de la caridad. Y el Protestantismo es el disolvente mas activo de la fe comun y de la caridad. Es egoista en su principio y en sus efectos. Ese raciocinio va á tomar cuerpo en la familia inglesa ¿qué digo? en la nacion entera.

Religion del *yo*, el Protestantismo ha hecho Inglaterra á imágen suya. La ha hecho el país del egoismo, el país del *yo*. Ha dado origen á la filosofía del *yo*, á la política del *yo*; ha producido esa vida taciturna y desconfiada del inglés, que siempre se sustrae á las miradas de los hombres; que solo quiere en su casa el lugar estrictamente necesario para él y los suyos; que quiere en sus jardines paseos estrechos y tortuosos para estar solo; que quiere viajes lejanos para vivir una vida independiente y solitaria; que quiere reuniones consagradas á los placeres, para que mujeres tiesas y silenciosas se paseen en torno la orquesta, como las procesiones de los egipcios en torno el mausoleo de Osiris. Religion fria, metódica, sombría como ese eterno cielo gris que se extiende sobre Londres: hé aquí el Protestantismo en sus efectos generales sobre la nacion inglesa.

¿Quereis verle en la familia? Entrad en una de esas innumerables casas, cuyas uniformes fachadas bordan las largas calles de Londres. La limpieza, el lujo, la simetría, el arreglo mas perfecto, lo comfortable en el conjunto y en los detalles, llamarán desde luego vuestra atencion. No prosigais; no busqueis ni vastos salones, ni espaciosos hogares donde puedan reunirse muchas ge-

neraciones; no los hallaréis. Todo está cortado sobre las mezquinas proporciones del *yo* individual.

Ved el jefe de la opulenta familia. Está solo en su gabinete con su té, sus letras de cambio y su voluminosa correspondencia: hombre de dinero, los negocios le absorben. Reunidos por primera vez en torno de una mesa silenciosa, los miembros de la familia se separan con prontitud. El marido desaparece hasta que una segunda comida lo sitúa de nuevo frente de su mujer y de sus hijos. ¿Creeis acaso que los dulces lazos de la familia van á detenerle junto á lo que debe tener de mas querido en el mundo? Desengaños; sale con precipitacion, y va á unirse con otros padres de familia, desertores como él del hogar doméstico. Ha pasado el dia en la bolsa, y pasará la noche en el *club*. ¿En qué se emplean esas preciosas horas que deberian dedicarse á la educacion? en jugar, en hablar de negocios, de placeres, de política, de caballos y jockeys; y á veces á beber con tan poca moderacion, que esas reuniones de padres de familia degeneran en verdaderas orgías. Deplorable en cualquier país, esa costumbre de aislamiento es sobre todo mortal para la familia inglesa; porque por razon de su inferioridad social, la mujer solo ejerce una débil influencia sobre los hijos. Lo hemos notado ya: la negacion del sacramento del Matrimonio, el divorcio legal, la prohibicion de la virginidad, son causas de degradacion que pesan sobre su existencia, y la mantienen en un estado próximo á la esclavitud.

Estudad la gran señora en el país de Albion. No os deslumbre el lujo que la rodea, la altanería que afecta. Las doradas habitaciones, los collares de perlas, las coronas de diamantes, los suntuosos trajes, los brillantes carruajes, los *grooms*, no dan ni la consideracion, ni el respeto, ni el afecto, ni la felicidad. Penetrad en su vida íntima; ¡qué triste realidad! La mujer inglesa, la madre de familia, no es ya la compañera estimada, honrada y querida de su esposo. Es, segun una conocida frase, la primera criada de la casa. No es con ella, en medio de su jóven familia, que pásala habitualmente el inglés sus largas veladas; jamás le confia el secreto de sus negocios; si quiere hablar de ellos con sus amigos, aguarda á que se haya marchado, ya porque su presencia le importune, ya porque la juzgue incapaz de sostener una conversacion seria. La etiqueta la obliga á retirarse al terminar una comi-

da á que asistan convidados: su partida es la señal de la conversacion política, comercial ó religiosa. Los celos, el esplin, el despotismo, han trazado en torno suyo un círculo estrecho del que no puede salir impunemente. ¿Creeréis tal vez que las costumbres son mas puras? Nada de esto. En parte alguna son mas relajadas que en Inglaterra¹. Donde quiera que hay opresion, hay descontento, despues reaccion; y con mas frecuencia que otras, la mujer inglesa reacciona contra la severidad marital por medio de la violacion criminal de sus deberes. En ninguna nacion de Europa son tan comunes los grandes escándalos opuestos á las santas leyes de la familia, como en Inglaterra.

Uno hay, sobre todo, que parecia exclusivo de la sociedad pagana. Juvenal ha estigmatizado esas damas romanas que, burlándose de sus maridos, introducian en el lecho nupcial, como frutos de su ternura, niños recogidos á orillas del Velabro. «La maligna fortuna, dice este poeta, vela durante la noche sobre esos niños completamente desnudos; les sonrie, les calienta en su seno, y desliza en los palacios esos actores misteriosos reservados para su teatro; acariciándoles como si fuese su madre, les lleva criendo al colmo de los honores². Esta superchería criminal es muy frecuente en Inglaterra, por efecto de una enorme masa de capitales sustituidos, por medio de diversas combinaciones conocidas bajo el nombre de *reversiones*³.»

Como quiera que sea, privada la madre de esa consideracion que las saludables doctrinas del Catolicismo dan á la mujer, es impotente para formar el espíritu de familia. Instruido por el ejemplo del padre, el hijo se disgusta pronto del hogar doméstico. Vivir bajo el ala maternal le parece deshonoroso; suspira por el momento de verse libre de ella, el cual llega con la edad de los estudios. Entonces concluye para siempre la autoridad materna. A veinte años, á su regreso de Cambridge ú Oxford, el hijo queda completamente emancipado. Consideraciones, mas ó menos constantes, mas ó menos sinceras, mas ó menos frias y calcula-

¹ En la sola ciudad de Lóndres se cuentan cuarenta mil mujeres de mala vida, que cuestan doscientos millones anuales. El periodismo ha revelado este hecho á principios de 1844.

² Satir. VI.

³ De Gourouff, t. I, pág. 30.

das, reemplazan el afecto filial de los primeros años. La casa paterna no es cuási mas que un cuarto de dormir. Como su padre, el jóven gentil hombre vive tambien una vida toda exterior. Deja á su madre solitaria, y permanece extraño á esos dulces y santos afectos de la familia, freno de las pasiones en lo presente, y prenda de las mas útiles virtudes para el porvenir.

Desdeñada de su esposo, abandonada por su hijo, la madre ve amenguársele su autoridad antes de tiempo hasta sobre sus propias hijas. Mientras que por una inconsecuencia que, por lo demás, no admira, el Protestantismo agrava el peso sobre la mujer casada, deja á la jóven una libertad que las buenas costumbres distan mucho de aprobar. La jóven inglesa hace *su entrada en el mundo* á los diez y seis años de edad. Al día siguiente á este tan impacientemente esperado, adquiere el derecho de salir sola, sin ir acompañada ni de su madre, ni de su camarera. ¿Quién no la ha visto ir sola por las largas calles de Lóndres, seguida de un criado armado de un largo baston con puño de plata, y á veinte y cinco pasos de distancia de su jóven señora? Esta entra sola en los almacenes. En su casa paterna, la costumbre la autoriza, en ausencia de su madre, para recibir sola á los amigos de la familia, cualquiera que sea su rango.

Llega en fin á la época del matrimonio. Entonces es cuando se revela en toda su verdad la nulidad de los lazos domésticos. El día del enlace, el hijo y la hija dejan el techo paterno para no volver á él. Se diria que son aves escapadas del nido para jamás volver. No creais con todo que vayan á habitar en el seno de su nueva familia. No; una habitacion particular, independiente, espera á la jóven pareja. En ella pasarán su solitaria existencia. Nada es mas chocante para nosotros católicos franceses, cuando viajamos por Inglaterra, que ver recien casados, cuya habitacion toca á la de sus padres, no hacer sino raras y frias visitas á sus jóvenes hermanos y á los autores de sus días. Lo que nos choca mucho mas aun, es oír al hijo, cuando encuentra á su padre en la sociedad, llamarle *caballero* (*yes sir*), como si hablase con un extraño.

¿Qué diremos de sus relaciones con su madre? Adolescente, la autoridad materna es nula para él. Cuando muera su padre, su madre no será para él sino una mujer. Inglaterra ha conservado el derecho de primogenitura; pero este principio de fuerza social,

felizmente suavizado por la religion católica, el Protestantismo lo ha hecho duro y cuási bárbaro. Si los bienes provienen del padre, el primogénito los hereda cuando muere aquel, y pasa á habitar en la casa de sus abuelos. Esto es para la madre la señal de su partida. Ella lo comprende así, y abandona la casa de su marido para no volver. Caida de su alta posicion, se retira solitaria á una habitacion conveniente á su modesta existencia. Todo ha concluido: los últimos restos de la familia se han dispersado.

Tal es la sociedad doméstica considerada en su constitucion, en sus miembros, y en sus relaciones. Si no ha recaido en la abyeccion pagana, débese atribuir á las verdades conservadas en los hábitos y en las leyes, tan cristianas en otros tiempos, de la Gran Bretaña. Pero un principio, bueno ó malo, depuesto en el seno de la nacion, no permanece por mucho tiempo en el estado metafísico. Tiende á materializarse; y á pesar de su poderosa organizacion material, á pesar de la tenacidad que forma el fondo del carácter de sus habitantes, Inglaterra marcha hácia el término de su disolucion.

La carencia de union íntima, de santa igualdad, de espíritu comun, ó mejor, ese egoismo tan frio, tan altanero, que hemos hallado en la familia inglesa, trasciende á otros objetos. En ese país modelo, las relaciones entre el amo y el criado recuerdan las del déspota y el esclavo en el Paganismo. Excepto el derecho de venta y de vida y muerte, hallaréis poco mas ó menos el mismo maltrato, la misma soberbia y altanería, el mismo desprecio de la humanidad. Es raro que un gran señor se digne hablar personalmente con su cochero. Relegado cerca de los pesebres, el jockey no entra en la habitacion de su amo; solo se presenta en ciertas ocasiones solemnes, para servir la mesa, cuando una imperiosa necesidad reclama su presencia, ó se quiere mostrar una librea mas. La siguiente anécdota es un rasgo característico de ese orgullo anglo-protestante:

Se hallaba en Inglaterra una señora francesa; su tio, inglés y protestante, era almirante de la marina británica. Un dia convidó á su sobrina á ir con él á visitar una galería de cuadros. «Os enviaré mi coche, la dijo, y vendréis por mí.» Á la hora señalada llega el coche; pero en lugar de dirigirse á la casa del Almirante, el cochero se dirige á la galería de cuadros. La señora cree que

su tio se le ha adelantado; baja, y pasa dos horas examinando los cuadros sin oír hablar del Almirante. Sube otra vez al coche, se va á su casa, y le encuentra en un estado de impaciencia que contrastaba notablemente con su flema británica. — «¿Qué os ha sucedido? Hace ya mas de dos horas que os estoy aguardando. — Vuestro cochero me ha llevado directamente á la galería; suponía que «cumplía vuestras órdenes, y que os encontraria allí. — Es un error de mi criado, habrá comprendido mal mis palabras. — ¿No sois, pues, vos quien ha trazado el itinerario á vuestro cochero? — ¡Yo! ¡Ignorais acaso que jamás hablo á esas gentes!...» ¡Y ese Almirante, metodista devoto, reza todos los dias en comun con sus criados!

Puédese comprender por esto, cuál será el afecto de los criados hácia sus amos. Leed los numerosos pasquines clavados todos los dias en las esquinas de Lóndres. Entre los títulos de recomendacion presentados por el criado que busca colocacion, leeréis la frase siguiente: «Provisto de excelentes certificados, dados por su «último amo, á quien ha servido *un año y diez y ocho meses!*» El mismo espíritu de aislamiento se manifiesta tambien en las relaciones sociales. Si vais á Inglaterra, seréis bien recibido por las personas á quienes vayais recomendado; todo se gastará para obsequiaros; pero la cordialidad no entra por nada ó por muy poco en esos obsequios. Os cansaríais muy pronto de una hospitalidad que la etiqueta hace pesada y acaso onerosa. Hé aquí una irrecusable prueba de que todo se hace para salvar solo las apariencias y sin el menor afecto. Es cosa inaudita en Inglaterra que un amigo, un vecino, se convide á sí mismo á comer á casa de su amigo ó vecino, sin ser invitado á ello. Sin duda que hay en esto honrosas excepciones; pero lo que sí negamos que sean numerosas. Por fortuna suya, el hombre es con frecuencia mejor que sus principios; pero lo repetimos, hé aquí los caracteres generales de la influencia del Protestantismo sobre la familia inglesa. Religion del yo, la Reforma ha quebrantado los verdaderos lazos de familia, ha degradado á la mujer, ha introducido la corrupcion en las costumbres, y ha hecho de la nacion inglesa, considerada como nacion, la agregacion humana menos moral que ha visto el mundo desde el Cristianismo. ¡Y hay quien se atreve á decir que el Protestantismo es la religion de la familia!